

REFLEXIONES CONTEMPORÁNEAS A LA LUZ DEL PENSAMIENTO DE KARL POPPER

Jesús López Carrión

Resumen

Nuestros tiempos están llenos de retos y problemas, los cuales debemos enfrentar y no evadir; es tiempo de decidir sobre cómo actuar ante dichos problemas. Son muchas las actitudes que podemos tomar, pero si reflexionamos tomando como base a uno de los más importantes filósofos del siglo XX, sir Karl Popper, la decisión ética que tenemos enfrente es sobre si queremos vivir con una actitud de sociedad abierta o cerrada.

En esta colaboración el lector encontrará algunas de las ideas, más importantes de sir Karl Popper, pero a su vez provocará la reflexión sobre la responsabilidad que tiene cada individuo en la construcción de la historia.

Abstract

Nowadays are full of challenges and problems we have to face. There is no time to skip them. It is time to decide how to confront them. Several attitudes may be followed. Nevertheless if we take as a basis the main ideas of Sir Karl Popper, one of the most outstanding philosophers of the XXth Century, the ethical decision we face is to decide if we want to live with an attitude of an open or a close society.

In this essay the reader will find some of the main ideas or Sir Karl Popper, which will stimulate reflection about responsibility of each individual in the construction of History.

Los años se han ido como un torbellino de ideas, filosofías, acontecimientos; pareciera que todo ha culminado, que ya se ha soñado bastante, que ya todas las promesas se han roto, que el mundo va a seguir siendo lo mismo. Comúnmente se dice que no hay nada nuevo bajo el sol. Como el último hombre de Nietzsche, a veces los hombres parecemos derrumbados en la apoteosis de la satisfacción, en la miseria que da el creer todo realizado, como si fuera un fin de la historia.

Así pareciera que ya no hay nada que crear, que todo ya está pensado. La iluminación del pensamiento se disipa en la complacencia.

Aunado a la satisfacción inútil, está un sentimiento de desencanto por lo ya realizado. Muchas de las instituciones contemporáneas se encuentran en una crisis de legitimidad. Los partidos políticos son vistos como un grupo de intereses de una clase dirigente elegidos de forma democrática pero que no representan a ningún estrato social. El Estado como un juego de intereses de poder con sólo una preocupación pragmática por el pueblo. Algunos consideran a la política casi como un sinónimo de la corrupción, de la deshonestidad.

La combinación de satisfacción y desencanto son una rara mezcla que nos hunde en la desesperanza, todo está mal, y aun las luchas por mejorarlo han fracasado; sólo nos queda la queja diaria, más que el insomnio de un día parecido a todos los demás.

¿Qué hacer ante la paradoja de la satisfacción y el desencanto que nos somete a la indiferencia?

¿Qué hacer con la desilusión, con los hombres que en los días que vienen ya no esperan nada?

Las respuestas son complicadas, pero es necesario hacerlas. Es una obligación moral y humana volver a pensar en la esperanza y recobrar la confianza en nuestras Instituciones, "el pensar" que rompa esta unión de la satisfacción y el desencanto de nuestra época.

Hoy quiero escribir sobre uno de los principales filósofos del siglo XX, que se comprometió con una lucha apasionada por no dejar el pensar en el olvido, porque su filosofía era una constante pregunta sin respuesta, como él titulaba a su autobiografía.

Sir Karl Popper describió un mundo donde la sociedad vivía con un

constante miedo a afrontar su libertad, un temor a hacerse responsable de sus propios actos, de saber que tiene en sus manos su propio destino. La respuesta de esta sociedad —ante la desilusión de nuestra época— sería la contemplación triste y ufana de un mundo humano que se escapa de las manos del hombre como un Frankenstein, creación humana que toma vida propia y se rebela a su creador.

Pero Popper también describía una sociedad donde cada individuo toma su propia responsabilidad de su destino. En esta sociedad, la desilusión es una afrenta que le reclama encontrar de nuevo los caminos que le devuelvan la confianza. La desilusión, en lugar de una invitación a la tristeza, es una invitación a crear, a no dejar de pensar.

La filosofía de Popper no es una invitación, sino —pienso yo— un reclamo humano a no dejar de pensar.

La sociedad inerte, esclava de sus miedos, es lo que se podría llamar una sociedad cerrada. La sociedad que rompe sus cadenas formadas por sus temores e irresponsabilidades, que las rompe por su propio compromiso de afrontar su libertad, es una sociedad abierta.

En este artículo trataremos de presentar algunas de las ideas de Karl Popper, con la cual el lector descubrirá este reclamo moral de afrontar nuestro miedo, libertad, humanidad y no dejar de crear y pensar en un mundo más justo.

La sociedad abierta y la sociedad cerrada, sociedades en un mismo mundo

Imaginemos una sociedad primitiva que apenas empieza a conocer el mundo natural y social. A cada paso que da en la hierba crecida de ese mundo, descubre cosas nuevas; cada día es diferente y caótico. Todo parece no tener sentido, el rayo que cae, el sol cegador de la mañana, las estrellas que palpitan a lo lejos, inalcanzables. Poco a poco, buscan ordenar cada imagen de ese mundo externo y extraño mediante explicaciones míticas. A la vez descubren el vivir en sociedad y en grupo, porque han aprendido que para defenderse y sobrevivir en ese mundo caótico, el

grupo puede más que el individuo, de esta forma reunidos en una tribu, tratan de defenderse del miedo a la naturaleza desconocida.

El miedo está presente en cada acto, en cada acontecimiento, y los hace preferir seguir a un líder y a la explicación mítica que le dé orden al caos, y les permita explicar lo todavía desconocido. Así que prefieren sacrificar su libertad en beneficio del grupo que los protege, les parece mejor ver la historia como algo ya determinado, algo fuera de sus decisiones; es más fácil para esta sociedad primitiva, la explicación mágica, que el entendimiento del mundo. Esta sociedad para mí sería los inicios de una sociedad cerrada, la cual Karl Popper describía:

Una de las características que definen la actitud mágica de una sociedad cerrada, primitiva o tribal, es la de que su vida transcurre dentro de un círculo encantado de tabúes inmutables, de normas y costumbres que se reputan tan inevitables como la salida del sol, el ciclo de las estaciones u otras evidentes uniformidades semejantes de la naturaleza.¹

Pero conforme los individuos avanzan en el tiempo, empiezan a crear, a encontrar explicaciones lógicas, a hacer uso de la razón, convivir con otros grupos sociales y disfrutar de lleno su libertad; cuando se dan cuenta de la responsabilidad de sus propios actos, esta sociedad cerrada, holista, mística, totalitaria, empieza a abrirse a un mundo de creación, de compromiso humanitario, de entendimiento y búsqueda constante de mejora social.

Pero el avance en la historia y de raciocinio en el hombre no basta para que la sociedad no se vuelva a cerrar, porque las sociedades abiertas y cerradas pueden existir en cualquier momento, en cualquier lugar, no es suficiente el paso del tiempo para que aquella sociedad temerosa tribal de aquellos, nuestros primeros días, ya haya desaparecido. De otras formas, con otras ideas, pueden aparecer las características de la sociedad cerrada en nuestros tiempos. Así lo advertía Popper en su prestigioso libro *La sociedad abierta y sus enemigos*.

Y es que la sociedad abierta tiene enemigos que la acechan, en los

¹ *La sociedad abierta y sus enemigos*, Argentina, Paidós, p. 67.

discursos, en las actitudes antihumanitarias, colectivistas, míticas, en la filosofía, pues como Albert Camus lo escribió en el prólogo de su libro *El hombre rebelde*, la filosofía puede servir para todo, incluso hasta para convertir a los asesinos en jueces.

En la filosofía podemos encontrar las construcciones lógicas, los argumentos precisos que racionalicen antivalores de la sociedad abierta. Es la filosofía la que ha dado fundamentos para volver a creer en el historicismo, corriente de pensamiento que nos quita la responsabilidad de nuestros actos, que nos hace comportarnos como aquellos primeros humanos, esperando que la historia se desenvuelva por sí sola. Teniendo la actitud ya descrita del hombre, que ya no espera nada.

El historicismo es la corriente que cree que ya todo está determinado, que la historia tiene un fin y por lo tanto sólo hay que descubrir las leyes con las que se rige para saber hacia dónde nos dirigimos. De esta forma, la historia se mueve por sí sola, sin que la voluntad humana pueda intervenir. Nos queda, de nuevo, sólo la contemplación triste del devenir del tiempo.

Creen haber descubierto ciertas leyes de la historia que les permiten profetizar el curso de los sucesos históricos. Bajo el nombre de historicismo, he agrupado las diversas teorías sociales que sustentan afirmaciones de este tipo.²

Estas filosofías historicistas han llegado a nuestros tiempos en las más diversas filosofías que han conquistado a muchas mentes (pensantes). Popper describe alguna de las más importantes. Cuando uno lee su libro, *La sociedad abierta y sus enemigos*, se queda atónito ante las críticas de Popper a grandes filósofos de todos los tiempos, Platón, Hegel, Marx, encuentra en ellos ideas historicistas que incluso llegaron a justificar los Estados totalitarios del siglo pasado. Si bien reconoce la importancia de cada filósofo, la crítica sobre todo a Platón y Hegel es mordaz, incisiva hasta el punto de acusarlos de poner al servicio de sus ambiciones personales de poder su filosofía.

² *Ibid.*, p. 17.

Pero sólo leer el aspecto de crítica del libro, es no leer lo más importante: las ideas y propuestas que surgen, propuestas humanitarias y de conciencia de nuestra responsabilidad en nuestro mundo. Por ello la importancia de su libro en el siglo pasado y en el nuestro, dibuja una gran propuesta política y aplica su metodología de la ciencia que a varios premios Nobel ha inspirado.

Platón y su proyecto político

Revisemos en la crítica que hace a Platón, cómo van surgiendo las ideas a las que me refiero.

El primer antivalor de la sociedad abierta que encuentra en Platón, es que su programa político está basado en el historicismo, en la teoría de las Ideas y de las Formas. Esta teoría describe a un mundo anterior a la existencia, donde los objetos son perfectos, bellos, bondadosos, verdaderos. Pero conforme entran a este mundo y se aleja del mundo pre-existencial van perdiendo su perfección, su verdadera esencia.

El Historicismo, esta ley de la decadencia donde Platón descubre una ley histórica y una profecía, la cual reza: “todo tiende a decaer”. Sin embargo, Platón aun tiene un poco de fe en la voluntad humana, considera que puede detenerse en parte esta decadencia. ¿Cómo? La respuesta le parece a Popper obvia, la respuesta es detener el cambio, y mejor aún, regresar al estadio social más cercano, a los primeros días de la pre-existencia.

Platón se propuso delinear un sistema de periodos gobernados por una ley evolutiva; en otras palabras, se propuso la elaboración de una teoría historicista de la sociedad.³

Y recordemos, ¿cómo fue la sociedad más cercana a la pre-existencia? Holística, lo más importante es el colectivismo, el grupo sobre el

³ *Idem*, p. 52.

individuo; el Estado por encima del individuo. La perfección sólo se encuentra en el Estado.

Pero el Estado se puede degenerar también; la democracia, la *timocracia*, son sus formas degenerativas, por lo que debe detenerse. Platón, influido por su propio historicismo, cree descubrir en la ley degenerativa la respuesta para encontrar el Estado más cercano a la perfección.

Descubriendo en el historicista la ley constante de la historia, cree poder descifrar hacia dónde nos dirigimos, pues la historia nos lleva por un solo camino, inevitable, fuera de nuestro poder de decisión. Lo único que se puede hacer es aminorar el paso para llegar lo más tarde posible; si el final del camino es un infierno; detener el cambio, diría Popper.

Pero esta posición historicista —muchas veces trágica y otras veces descriptiva de un mundo mejor, como el paraíso comunista de Marx— cualquiera que sea el final, trágico o feliz, es sin lugar a dudas falsa.

La verdad es que en cualquier acto social, la intervención humana es decisiva, si bien importan mucho los contextos históricos y sociales, éstos no nos determinan, la construcción social de mejores Instituciones no se encuentra en el devenir de la historia, se encuentra en nuestras propias manos, en nuestra propia razón. Como un ingeniero que construye la solidez o debilidad de un edificio, el que es consciente de sus actos y responsable de su libertad, sabe que es como un ingeniero social que construye las bases con las cuales las instituciones responden a las demandas sociales. El historicista describe profecías, pero el Ingeniero Social sabe que puede transformar las bases institucionales, por lo que el único responsable del camino es él y no ninguna profecía histórica.

El ingeniero social no cree que estos objetivos nos sean impuestos por nuestro marco histórico o por las tendencias de la historia, sino por el contrario, que provienen de nuestra propia elección... a diferencia del historicista, quien cree que sólo es posible una acción política inteligente una vez determinado el curso futuro de la historia, el ingeniero social cree que la base científica es algo completamente diferente... el ingeniero social toma como base científica de la política una especie de tecnología social.⁴

⁴ *Ibid.*, p. 52.

Pero Platón, siguiendo la crítica de Popper sobre la base de este historicismo, empieza a elaborar una teoría política que va dibujando más anti-valores de la sociedad abierta.

La Justicia en Platón servirá para mantener unida a la sociedad, pero colocando al Estado sobre el individuo. El Estado es justo si es sano, fuerte, unido y estable, además si cada uno realiza su tarea, si “cada clase de una ciudad se ocupa de sus propios asuntos... entonces habrá justicia”. De esta forma, quien atente contra la estabilidad del Estado estará cometiendo un acto injusto. Se podría con ello justificar las “razones de Estado”, con las cuales es justo sancionar, privar de su libertad, incluso hasta matar a aquel que atente contra la estabilidad del Estado. La concepción de justicia donde lo más importante es el Estado, tiende a cometer actos anti-humanitarios, sacrifica las libertades de los individuos en nombre de un Estado mitificado, intocable.

En cambio, Popper —ante la justicia que describe de Platón— contrapone la justicia humanitaria, en la cual el Estado protege la libertad de los individuos:

La teoría humanitaria de la justicia formula tres exigencias principales: *a)* El principio igualitario propiamente dicho... el deseo de eliminar los privilegios naturales; *b)* El principio general del individualismo, y *c)* El principio de que la tarea y la finalidad del Estado debe consistir en proteger la libertad de los ciudadanos.⁵

La justicia que Popper rescata, busca que al individuo no sólo se le respete su libertad, sino que las diferencias sociales y económicas sean disminuidas. Pero la justicia platónica bajo la influencia del historicismo, le da prioridad al Estado y es éste el que debe preocuparse por la moral y educación de los ciudadanos.

El Estado de Platón es totalitario, porque para mantener la unidad se inmiscuye en la moral y educación de los ciudadanos, pero la educación en este tipo de Estado sirve para mantener las diferencias sociales, pues se educará a los que están destinados a ser la clase dirigente.

⁵ *Ibid.*, p. 100.

La educación está destinada a una pequeña élite gobernante, mientras los demás ciudadanos deben cumplir con su labor.

El Estado debe también inculcar la moral y la religión que los ciudadanos poseen; y quienes no sigan la moral y religión que el Estado impone, se les debe castigar aunque sean personas honestas. De esta forma nos encontramos con un Estado totalitario que quita posibilidad de elección al individuo eliminando su libertad.

Este Estado platónico está dividido en clases sociales que son identificadas con los metales: oro, plata, bronce; la clase de oro es la clase dirigente bien educada; pero mejor aún, el Estado se encuentra gobernado por un filósofo rey que conoce las leyes inevitables de la historia, por lo cual guía a su pueblo, de la mejor forma posible, a un mundo mejor en el futuro. Para mantener este Estado es permitido incluso la mentira para la defensa de la “madre patria”. En la búsqueda de un mundo ideal, el filósofo rey también crea las Instituciones con las que aseguran la sobrevivencia de ese Estado. Y es el único que puede observar con sabiduría la historia, porque tiene comunicación con lo divino, como lo es la ley de las Ideas y Formas, es como un gran Mesías que conoce nuestra salvación.

El filósofo, que goza de la comunión con lo divino, puede sentirse abrumado por la necesidad de materializar... su divina visión de la ciudad ideal y de sus ciudadanos. El filósofo es, pues, una especie de dibujante o pintor que tiene lo divino por modelo.⁶

Una sociedad dividida en clases no es una sociedad igualitaria y libre. Además, el filósofo rey es como un pintor que va dibujando la sociedad perfecta que desea, y si no le gusta el resultado sólo tiene que borrar lo pintado y volver a empezar su dibujo. Esto no se puede en la realidad.

Por eso Popper antepone ante este Estado, de borrón y cuenta nueva, un Estado formado por Instituciones, con una ingeniería gradual

⁶ *Ibid.*, p. 147.

que vaya permitiendo los cambios necesarios para ir configurando una sociedad mejor ordenada.

Las instituciones y el cambio gradual

El mundo de Instituciones de la sociedad abierta permite que lejos de que un filósofo rey llegue al poder, que un hombre sabio nos gobierne, la transmisión del poder se dé pacíficamente, de forma democrática, y quien sea elegido por mayoría para gobernar sea controlado por las instituciones. De esta forma, si el elegido es un mal gobernante, los controles institucionales no le permitirán los excesos.

Las instituciones pueden irse reformando según las situaciones específicas e ir resolviendo los problemas que se presenten. Y es eso precisamente lo que Popper nos dice acerca de un político, no es crear planes utópicos sociales en los cuales se promete la felicidad del hombre, sino resolver los problemas sociales. No es eliminar el sufrimiento personal como algunas utopías que describen un mundo feliz, sino eliminar el sufrimiento innecesario. Entendiendo el sufrimiento innecesario como la marginación, injusticia, desempleo, etcétera. En fin, los sufrimientos sociales. Sufrimientos de los cuales el gobierno debe ocuparse. En esto es muy claro sir Karl Popper, en lugar de que la política del Estado se preocupe por la moral, se debe moralizar a la política y no se debe hacer política con la moral.

Para ello es necesario la ingeniería social, que corrija los errores, y el Estado debe planificar lo necesario pero sin infringir la libertad. Por tal motivo, el Estado requiere de instituciones libres para que éstos puedan controlar los excesos del poder.

El Estado debe promover y preocuparse por la educación y la ciencia, pero también requiere dejarlas en libertad para que éstas puedan crear sus propios progresos y la educación no se convierta un adoc-trinamiento.

La libertad es necesaria, pero también debe aceptarse —en un igualitarismo humanitario— que sea restringida, a cambio de que sea bien

protegida. No hay libertad sin que ésta sea protegida por el Estado y de igual forma sin que el Estado sea controlado por hombres libres. Hermosa paradoja la que nos plantea Karl Popper.

Así, en libertad, los hombres vamos configurando las Instituciones que nos ayudan a crear una sociedad mejor, ordenada, que proteja a los más débiles, y que configure las reglas que de manera pacífica nos permita cambiar el gobierno ineficaz.

De esta forma, Popper asegura que hasta ahora hay dos tipos de gobierno: uno, el que tiene los controles institucionales y cuya transmisión del poder es por vía pacífica; y otro, en el que la transmisión del poder es mediante una revolución, es de forma violenta y sangrienta. La primera es una democracia, la segunda es una dictadura.

En consecuencia, en vez de crear mitos como los creó Platón para fundar el Estado, en lugar de las mentiras señoriales en beneficio de la colectividad, lo que hay que hacer es construir las instituciones que defiendan la libertad y no se tendrá que mentir.

En vez de buscar un filósofo rey —que tenga conocimiento de lo justo, bello estético y verdadero—, las instituciones permiten crear los programas de gobierno que resuelven los problemas y permiten las modificaciones que las circunstancias exijan, en lugar de aquel programa utópico, que es como borrar y volver a dibujar una pintura, si esa pintura sale mal; el método gradual permite la repetición de los experimentos y el reajuste del mismo, porque al fin y al cabo los grandes progresos se van dando de los antiguos fracasos.

En todos los terrenos, sólo podemos aprender por medio de la prueba y del error, equivocándonos y corrigiendo faltas, a nadie se le ocurre confiar solamente en la inspiración... El esteticismo y el radicalismo deben conducirnos, forzosamente, a rechazar la razón y a reemplazarla por una desenfrenada esperanza de milagros políticos. Esta actitud irracional originada en la embriaguez que ocasionan los sueños de un mundo hermoso.⁷

⁷ *Ibid.*, p. 166.

El irracionalismo y la sociedad cerrada

Así es, el irracionalismo muchas veces se disfraza de pseudo racionalismo y sentimentalismo, y sobre éstas la filosofía van conquistando las mentes por sus fundamentos al parecer lógicos basados en los sentimientos. ¿Qué hay mejor que la promesa de un paraíso comunista? ¿Qué hay mejor que prometer la felicidad humana? ¿Qué hay mejor que explicar una ley inexorable de la historia y decir cuál es el mejor destino para el hombre?

El pseudo racionalismo cree muchas veces haber encontrado la verdad de la vida y de la historia, transformándose en historicismo. Cree haber encontrado de forma definitiva la esencia de cada cosa y poseedor de la verdad, nos indica el único camino a seguir. Este esencialismo que critica Popper se aleja de la posición que un científico debe tener, de buscar la verdad y estar conciente de las limitaciones humanas para alcanzarla. De esta forma avanza la ciencia de la continua búsqueda, del caminar y no la estancia en una verdad que muchas veces resulta no serla. El irracionalismo, a su vez, desconfía de la razón humana, pues cree que muchas veces lo que nos mueve son las emociones, pero Popper, sin dejar de aceptar esto, también afirma que el hombre es capaz de controlar sus emociones con su raciocinio. Así, la objetividad científica —explica Popper— no está en la persona, sino en el método que emplea. Al fin y al cabo los hombres somos una mezcla de sentimientos, emociones, pero también de inteligencia. Y es ésta la que nos permite avanzar paso a paso y darnos cuenta de los errores cometidos para componer nuestro camino; es como en este bello pasaje que Popper describe sobre Sócrates:

Pero si no soy nada más que un cuerpo, ¿qué soy entonces? Eres ante todo inteligencia, era la respuesta de Sócrates. Es tu inteligencia la que te hace humano, la que permite ser algo más que un mero puñado de deseos y ansiedades. La que te hace que te bastes a ti mismo como individuo y lo que te faculta a sostener que eres un fin en ti mismo. La frase de Sócrates “cuida tu alma”, constituye en gran medida un llamado a la honestidad intelectual, así como la frase “conócete a ti mismo” está destinada a recordarnos nuestras limitaciones intelectuales.⁸

⁸ *Ibid.*, p. 186.

La inteligencia del hombre es la principal herramienta para construir las bases institucionales, también puede ser empleada para crear otras instituciones pero con las características de la sociedad cerrada. Al fin y al cabo, el proyecto político que describía Platón era un proyecto cuya base era la construcción de instituciones.

La razón del hombre puede servir para muchas cosas. Precisamente uno de los desencantos que nos han dejado los tiempos anteriores es que con la razón se han creado armas para matar de manera masiva, sistemas complejos de mafias que dañan a la sociedad, formas de corrupción que cada vez son más difíciles de encontrar.

Muchas veces se afirma —como si fuera verdadera la ley de las formas y de las ideas— que la sociedad se ha venido degenerando, que los avances han sido dañinos a la sociedad, que sería preferible regresar a la naturaleza que estar en el nuevo mundo de asfalto, de contaminación y asesinatos colectivos.

Sin embargo, decir que la sociedad se ha ido degenerando es una falacia, un sofisma. Ver sólo los aspectos negativos del devenir del hombre, es ver incompleto este devenir. Se han olvidado, es verdad, muchos valores, pero los hombres de hoy no somos más malos que los de antes. La sociedad se ha vuelto más compleja, diversa, plural, pero esto no significa que sea mala. Hoy en día, sin lugar a dudas, es más difícil cometer una injusticia, abusar del débil como sociedad. Hoy es más complicado que se establezca un Estado totalitario sin que se den las sanciones de la comunidad internacional o que se cometa un magnicidio sin la protesta o la denuncia de la sociedad, es más difícil que sé de la inquisición, la esclavitud, el circo romano o los campos de concentración.

Hoy se tienen que disfrazar las atrocidades e injusticias mediante, como ya lo habíamos descrito, el uso de frases como: “en nombre de la humanidad”, “la democracia o la nación”, es decir, sentimentalismos o fundamentaciones que parecen lógicas. Aun así, la crítica social es la que nos sirve para encontrar este pseudo racionalismo en los discursos, en la filosofía, o incluso en la ciencia.

Para ello sirven las Instituciones, para controlar los excesos del poder que pueden cometer injusticias en nombre de alguna “razón”. Para

ello sirve la razón crítica, para saber, y como diría él: “conócete a ti mismo”, no tenemos la verdad última y nadie la puede tener. Por eso es preciso, es necesario, no dejar de pensar.

El grito de reclamo que se ha venido escuchando de “no a la guerra, no en nuestro nombre”, es un reclamo que da gusto escucharlo, es un acto que reclama a nuestros líderes mundiales, “no más mentiras”, “no más actos injustos en nuestro nombre”. Es el grito de la sociedad utilizando la razón crítica para afirmar que el rumbo del mundo no sólo está en un líder mesiánico, o en el destino inevitable, sino en nuestras manos.

“No a la guerra, no en nuestro nombre”, es como decir “nosotros también tenemos poder de decisión y de conciencia”. A nosotros también nos indigna cualquier acto injusto que se presente en cualquier parte del mundo.

Si bien la guerra fue inevitable, se puede decir que fue un grito inútil porque no influyó en las decisiones finales sobre el conflicto. No deja de ser un acto valioso que muestra a una sociedad con razón y conciencia propia.

He ahí la importancia de individuos responsables y concientes de sus propios actos; sin embargo, a pesar de estas protestas no se puede afirmar el triunfo de una sociedad abierta.

El peligro de retroceder a una sociedad cerrada

El paso de una sociedad cerrada a una sociedad abierta es muy complicado; hay sociedades, gobiernos, que en este grado de conciencia de libertad de la sociedad no le es conveniente. Así, varios Estados pueden intentar crear una sociedad cerrada artificial. Popper nos pone el ejemplo de Esparta, donde los principios de su política, ante el peligro inminente de convertirse en una sociedad abierta, por el contacto con otros pueblos fue:

1. Protección la tribalismo detenido: cerrarse a toda influencia extranjera que pudiera poner en peligro la rigidez de los tabúes tribales.

2. Anti-humanitarismo: cerrarse más específicamente a toda teoría igualitaria, democrática e individualista.
3. Autarquía: no depender del comercio.
4. Antiuniversalismo o particularismo: sostener la diferenciación entre la tribu y todas las demás; no mezclarse con los inferiores.
5. Dominación: someter y esclavizar a los vecinos.
6. Expansión: la ciudad debe extenderse sólo mientras pueda hacerlo sin alterar la unidad.⁹

Sir Karl Popper advierte que si bien nuestra sociedad es más compleja, puede suceder que se adopten algunas medidas similares a las espartanas en algunos Estados modernos totalitarios, o incluso pueden disfrazarse en otras formas más complejas, en la búsqueda de una sociedad cerrada. Pero este paso hacia una sociedad abierta, contribuyó a tener más fe en el hombre. Debido al difícil paso hacia la libertad, nace la filosofía. Así, en lugar de creer en el misticismo, se comienza a creer en la propia razón del hombre.

Se empieza a crear un mundo con los valores de la sociedad abierta, como son: el humanitarismo, la igualdad y la razonabilidad.

Este camino que llevó el hombre, fue un acto histórico y valiente de la antigua sociedad, por ello:

Una vez que comenzamos a confiar en nuestra razón y a utilizar las facultades de la crítica, una vez que experimentamos el llamado de la responsabilidad personal y, con ella, la responsabilidad de contribuir a aumentar nuestros conocimientos, no podemos admitir la regresión a un Estado basado en el sometimiento implícito a la magia tribal.¹⁰

Pero la sociedad abierta está en constante peligro. Y es que la sociedad cerrada dentro de sus argumentos lógicos para su legitimación, prometen una vida más cómoda. La sociedad cerrada promete una vida fácil, incluso una vida feliz, donde encantados por un Estado, que conoce

⁹ *Ibid.*, p. 179.

¹⁰ *Ibid.*, p. 194.

nuestras necesidades, elimina nuestra responsabilidad de pensar y sólo debemos el sacrificio total de nuestra libertad a ese Estado y a esa sociedad redentora.

La sociedad cerrada apuesta a la solución de los problemas, a algo ajeno a sus decisiones, a un líder o un Estado mitificado, a la historia que corre sobre rieles ya definidos por sí sola. Por ello, la vida es más sencilla, sólo se requiere seguir *caminando como un homo videns* que contempla el devenir del tiempo, mientras otros se ocupan de resolver nuestros problemas.

En cambio, en una sociedad abierta, el pensar, la libertad, la decisión, la conciencia, la responsabilidad que crea una sociedad humanitaria, es un acto más difícil de realizar.

En efecto, vivir en una sociedad abierta puede resultar más complicado, porque el pensar mismo es un acto complicado. Hanna Arendt afirmaba que “los pensamientos no son peligrosos, lo peligroso está en pensar”. En efecto, pensar complica las situaciones y la vida, pero si no se dificulta la vida no se encuentran las soluciones.

La filosofía de la ciencia de Popper nos precisa como Sócrates que no se debe dejar de pensar, que la ciencia y en general la humanidad avanza, de la complicación constante de la vida, del cuestionamiento de lo que hoy se considera verdad.

El Oráculo de Delfos parece haber dado un gran ejemplo del verdadero sabio, así cuando Sócrates le pregunta al Oráculo sobre quién es el hombre más sabio, el Oráculo le responde que él. Sí, el hombre más sabio de la antigüedad, según el oráculo, era el hombre más humilde en su intelecto, que a diferencia de quienes decían tener la verdad, él sólo se remitía a decir: “sólo sé que no sé nada”.

El hombre más sabio es el que con humildad acepta que puede estar equivocado, por lo que nunca debe dejar de pensar.

La ciencia, explica Popper, no se dedica a construir definiciones enciclopédicas, sino leyes que se pueden corroborar. La objetividad de la ciencia no se encuentra en la objetividad humana, pues no nos podemos aislar de las emociones y la sociedad, la objetividad se encuentra en el método. Los hombres de ciencia hablan el mismo lenguaje, pues pre-

sentan teorías que pueden ser refutadas. La utilidad de la teoría es predecir o explicar sucesos que puedan verificarse con la realidad. La ciencia nos sirve para resolver problemas, recurriendo a la razón, al pensar claro y a la experiencia, más que a las emociones, es igual una disposición crítica a escuchar o saber que se puede estar en un error.

El vivir en una sociedad abierta es más complicado, pero a larga desarrolla una vida mejor, más humana, racional, igualitaria.

La construcción de Instituciones —que regulen el poder y nos permiten de manera pacífica cambiar a gobernantes, de Instituciones que promuevan la ciencia, la educación, la justicia y luchen contra el sufrimiento innecesario se da por una lucha constante que no termina— requiere de individuos libres, responsables, humanitarios, racionales. Por ello es importante la educación de los hombres, pues ésta genera personas concientes. Es necesaria una educación, señala Popper, una “educación fuera de dogmas y de fama”.

Popper explica que realmente la historia de la humanidad no existe. La que nos describen como una historia de la humanidad realmente es sólo la historia política de algunos pueblos; por ello, para poder contar una verdadera historia de la humanidad sería necesario contar la historia de las emociones de cada uno de nosotros, porque la humanidad la formamos todos. Creer que la historia marcha al margen de nosotros, que tiene ya un sentido establecido, es caer de nueva cuenta en el historicismo.

La esperanza está en nosotros mismos

La historia no tiene ningún sentido, y no se lo da ninguna ley ya escrita, ni una revolución mitificada que corra por los rieles del mundo feliz, ni el triunfo de un capitalismo injusto. El verdadero sentido de la historia es el que cada uno de nosotros le imprime. La historia política o la historia de las grandes personalidades a veces sólo nos hace alabar y mitificar, volviéndonos espectadores de su curso.

Sin embargo, no somos espectadores, todos nosotros conformamos aquello que llamamos humanidad. Sin embargo, la pregunta sería enton-

ces: ¿qué sentido debemos imprimirle a la historia? ¿Cuál es el sentido que domina hoy?

Los sentidos son variados, no creo que haya un solo sentido sino varios, la pluralidad de intereses e ideas es diversa. Pero a pesar de los múltiples intereses e ideas, de los diferentes caminos que existen, los objetivos no son muchos, y en este caso que reflexionamos a la luz del pensamiento de Popper, el planteamiento es: ¿deseamos los valores de una sociedad abierta o los de una sociedad cerrada?

¿Qué buscamos, la vida fácil de una sociedad cerrada, pero con sus miedos e injusticias, o lo complicado de una sociedad abierta, con personas concientes de su responsabilidad, libres para construir instituciones y crear una sociedad más justa?

He aquí, entre líneas, una de las respuestas que nos planteamos por la paradoja con la que iniciamos este ensayo, en la cual observamos la relación entre la satisfacción y el desencanto. La respuesta es la de no dejar de crear.

Y no me refiero a crear de nueva cuenta mitos, alabanzas, paraísos que con melancolía recuerdan a un mundo que nunca ha existido, al fin y al cabo estos mundos imaginarios llevaban el nombre de utopías, tampoco es dejar de tener ideales que nos animen a seguir avanzando y mejorando como personas y como sociedad. Es no dejar de crear bajo la primicia que podemos equivocarnos, por lo que es necesario la crítica y la comunicación de los demás para modificar y mejorar como sociedad.

Ante la problemática de una crisis de identidad con nuestras Instituciones, con nuestros líderes, con nuestros partidos políticos, con nuestra comunidad internacional, ante una crisis a veces de legitimidad y de eficacia, no nos debemos derrumbar a la par de nuestras instituciones, sino tomarlo como reto y empezar a darle un mejor sentido a éstas.

Como sociedad no debemos dejar de demandar y exigir más justicia a nuestro gobierno, pero también debemos exigirnos nuestra propia responsabilidad en la construcción de la misma.

En lugar de hundirnos en la complacencia y dejar avanzar el sufrimiento innecesario, la injusticia, la corrupción, etcétera, lo que debemos hacer es volver a pensar para empezar a crear. Ante una época de crisis,

ante la nada, ante el nihilismo, la creatividad es una respuesta positiva, siempre y cuando el ideal de nuestra creación sea la convivencia de una sociedad abierta con sus valores.

El verdadero poder se encuentra en la creación, como bien lo describe una narración antigua oriental. ¿Cuál? En esta narración se cuenta la historia de un hombre muy poderoso que atemorizaba a la región de cierto país. Nadie osaba enfrentarlo, todos temían su fuerza y poder y sabían que cualquier interferencia a sus planes significaba la destrucción de sus bienes y hasta la muerte.

En cierta ocasión, este hombre de gran poder llegó a una choza donde —se conocía— vivía un hombre de gran sabiduría. El hombre poderoso entró de manera silenciosa a la choza con la intención de robarle a ese sabio, pero cuál fue su sorpresa al ver lo humilde del lugar y a un viejo acostado sobre un catre oxidado, que pensó inmediatamente: “aquí no hay ninguna riqueza”; se acercó al viejo y lo despertó con sus palabras:

—Señor, he venido aquí con la intención de robarle, pero al verlo tan humilde, esas ganas se han convertido en ganas de ayudarlo; dígame, pídamelo algo en lo que pueda ayudarlo, pero pídamelo antes de que se me vaya este sentimiento escaso en mí. ¿Qué desea, un poco de dinero, un poco de comida?, pídamelo ahora, que pronto me voy.

—No, no quiero nada de lo que me ofreces, comida tengo y dinero no necesito mucho... pero ahora que me ofreces tu ayuda, sí me gustaría que hicieras un par de cosas.

—Dígame, lo que sea lo haré.

—Bueno, ¿ves aquella rama, la más frondosa del árbol?, por favor tráela hasta acá para mí. No creo que sea tarea fácil pero...

—Claro que es fácil, en toda la región conocen mi poder, no hay nada que yo no pueda hacer, el hombre más poderoso de esta región puede hacer todo.

Sin pensarlo, se dirigió hacia el árbol, y sin ningún trabajo, de un solo jalón, arrancó la rama de tajo.

Se la llevó al anciano en su cama, y con pedantería le dijo:

—Aquí la tienes, ahora dime qué hago.

El anciano sabio lo miró con humildad, y con tranquilidad le expresó su otro deseo.

—Pues bien, ahora quiero que la misma rama la coloques en el lugar de donde la arrancaste. Que la regreses al árbol que le pertenece.

—Es una broma, cómo crees que pueda hacerlo, ya no se puede, se la quité, la arranqué, ya no puedo volverla a poner en su mismo lugar; lo arrancado, arrancado está; lo destruido, destruido está.

El viejo sabio, mirando a los ojos apenados del poderoso hombre, con suavidad le reclamó:

—Te das cuenta, el verdadero poder no se encuentra en el destruir, sino en el crear.

Así es, ante una crisis de pensamiento, de credibilidad de nuestras instituciones, la respuesta no se encuentra sólo en la queja, en la descalificación mordaz, en la destrucción, sino en la creación de ideas, de nuevas instituciones, programas, etcétera.

Nuestro país y América Latina siempre parecen estar a la espera de las ideas importadas, de los planes extranjeros de desarrollo; pareciera que esperamos la fórmula mágica a nuestros problemas.

No, nos diría Popper, la solución no está en la contemplación de nuestro tiempo, en la glorificación de triunfos pasados o ajenos, en la búsqueda de culpables o enemigos, sino en nuestras manos, en nuestra vista, en nuestra razón.

Nosotros, cada uno de nosotros, construimos nuestros caminos y vamos dando sentido a nuestra historia. En cada paso que damos, tomamos decisiones sobre el rumbo que debemos seguir. Si deseamos vivir en la facilidad de la sin razón, de la mirada triste del tiempo, de la satisfacción inerte, pausada; o preferimos el camino de la razón crítica, consciente, problematizadora a la vez que solucionadora de los problemas, de la razón que busca salir de las veredas pantanosas y construir puentes

para mejorar el camino, de la razón que conoce sus limitaciones y se alimenta de la crítica de los demás. Y esta decisión, sin lugar a dudas, es una decisión ética.

Es ésta la propuesta que nos hace Karl Popper, queelijamos qué tipo de sociedad deseamos. Queremos una sociedad cerrada con sus valores: totalitaria, holista, tribal, mítica, historicista, antigualitaria, o una sociedad abierta, con sus valores: humanitaria, igualitaria, racional, liberal.

La historia y nuestro destino corren al lado de nuestras decisiones, no debemos parecer profetas que creen poseer la verdad, sino debemos ser continuos buscadores de la misma.

El irracionalismo, que ve a nuestro pensamiento dependiente de nuestra clase, que llega a convencer a algunos que la “razón” les pertenece, que ellos podrán devolver la racionalidad a esa gente, de ese pueblo a esa nación.

El abandono a la actitud racionalista... Debe llevar casi siempre —creo yo— a considerar más a la persona pensante que a su pensamiento; debe llevar a la creencia que pensamos con nuestra sangre, con nuestro patrimonio social, o con nuestra clase; la idea que pensamos con nuestra raza puede ser remplazada, quizá, por la idea de que piensan por la gracia de Dios... Al abandonar así la razón, fraccionan la humanidad en amigos y enemigos; en la minoría privilegiada que comparte la razón con los Dioses, y la mayoría que carece de ella.¹¹

Así, ya sea en nombre de un Dios, de la democracia, de la paz, de la libertad, se pueden cometer los más grandes crímenes; por ello, si el cristianismo ya prevenía a los cristianos de tener cuidado con los falsos profetas que incluso podían parecer ángeles, en el mundo de la política más aún debemos cuidarnos de no convertirnos en profetas, no vanagloriar a quienes se dicen serlo.

La política sólo debería de mejorar a la sociedad, organizándola mejor, en un Estado de Derecho, dirigir la economía, todo con la finalidad

¹¹ *Ibid.*, p. 402.

de proteger al más débil, al más necesitado, diría Karl Popper. La política debe resolver los problemas que surgen en una sociedad más compleja, no debe asegurar la felicidad de los hombres.

Quienes enseñan que no debe gobernar la razón, sino el amor, abren la puerta a aquellos que sólo quieren gobernar por el odio... de todos los ideales políticos quizás el más peligroso sea el de querer hacer felices a los pueblos... lleva la tentativa de imponer nuestra escala de valores superiores a los demás... la exigencia política de métodos de tipo gradual corresponde a la decisión de que la lucha contra el sufrimiento se convierta en un deber, en tanto que el derecho a preocuparse por la felicidad de los demás se convierta y sea un privilegio por la felicidad circunscrito al grupo de amigos.¹²

Estos tiempos que parecen ser los inicios de un siglo complicado, que ha iniciado con guerras, terrorismo y la crisis en nuestras instituciones, no debemos temer lo que vemos; en cambio, debemos construir las Instituciones democráticas las cuales nos permiten revelar nuestras fuerzas creativas.

Debemos crear un Estado que lucha frontalmente por las tareas que le corresponden, sin que acote nuestra libertad restante a la libertad que le cedemos para hacer cumplir sus tareas.

Debemos crear partidos políticos que presenten programas viables, eficaces, con la determinación de solucionar los problemas más urgentes en la población.

En fin, ante nuestros tiempos de desconcierto, es cuando más se requiere de la racionalidad, del igualitarismo, del humanitarismo, de la libertad, de los valores de la sociedad abierta. Son tiempos de mirar al alba, con esperanza y con responsabilidad.

Al fin y al cabo la esperanza es lo que esperamos de nuestra vida, de nuestras decisiones, y lo que esperamos es lo que estamos construyendo. Nuestra generación tiene muchos retos y Popper nos propone uno: no dejar nunca de pensar en cómo ayudar a los más necesitados. Y el pensamiento de Popper siempre va acompañado de la acción. Pensar

¹² *Ibid.*, pp. 402-403.

y actuar, crear y aceptar las críticas de los demás, nos pueden ayudar a sentir menos vacío al mundo que nos enfrentamos.

Como señala Jaime Sabines en su poema *La muerte del mayor Sabines*: "algo le falta al mundo", pero está en nosotros mismos empezar a llenar ese vacío que nuestro mundo necesita.